



Verano | Entrevistas Reportajes Festivales Playas Recetas Vídeos

Pedro Román Jiménez, el final de una especie



Pedro Román, en la exposición de trabajos de esparto que se puede visitar en el Aula de Cajamurcia de Águilas. / A. SALAS

PROPIOS Y EXTRAÑOS

El último hilador de esparto de 'Los Moris' conoce el truco de **Paco Rabal en 'Los santos inocentes'**. «Me casé y me volví a trabajar», no le pesa



ALEXIA SALAS 
Viernes, 4 agosto 2017, 08:29



A pesar de que hace 14 años que se jubiló, las manos de Pedro Román reconocen el esparto con la misma familiaridad que la piel de su mujer o el cabello de sus hijas. Es el último hilador de esparto de la familia de 'Los Moris', el eslabón final de 232 años de esta artesanía que convirtió el puerto aguleño en el primero de España y el segundo del mundo -solo por detrás de Argelia- en exportación de esta manufactura realizada con unas fibras silvestres resistentes como el cable de acero. Tras Pedro se cierra la puerta a una forma de vida en el más meridional de los pueblos costeros murcianos, que en la década de los cuarenta y cincuenta tuvo a más de 30 familias trenzando hebras para vivir.

«Mi padre me decía: 'Te tiene que gustar, porque es muy duro'», recuerda Pedro, quien dejó de hacer llorar a sus manos el día justo y preciso de su jubilación. «Por esos dos dedos sangras», muestra el hilador su herramienta de trabajo. «Se te come la piel, y, ¿sabes la única medicina que había para eso? La orina», descubre el artesano el recurso que utilizó Paco Rabal en 'Los santos inocentes', aprendido de los hiladores de su pueblo. Así se curaba Pedro. Si el dolor de la sogá lacerando las heridas siempre abiertas no le robaba el sentido, seguía con la faena sin horario.

Lo + leído Top 50

- 1 27 playas para hacer nudismo en la Región
- 2 «En la lucha contra el machismo soy bastante talibán»
- 3 «Ser madre es lo más bonito que he hecho»
- 4 El Mediterráneo, a fondo
- 5 Una santa para Rodrigo Rato

AHORA Y SIEMPRE
Navega y Habla
19GB y **5001min.**
19'9 €/mes
pepephone.com

AHORA Y SIEMPRE
Navega y Habla
19GB y **5001min.**
19'9 €/mes
pepephone.com

Samsung Galaxy S7
0'95€

Quién Pedro Román Jiménez.

Qué Hilandero jubilado.

Dónde Águilas.

Gustos Caminar.

ADN Trabajador y optimista.

Pensamiento «Lo importante es lo que hay en el corazón».

Lo emplearon a los 6 años «dándole a la rueda del esparto. No necesitabas saber nada, más que tener brazos», recuerda de su infancia en lo alto de la playa de la Colonia, donde han trabajado cuatro generaciones de hiladores. Cuando cumplió los 12 años, su padre consideró que ya estaba preparado para empezar a hilar. Ya había entrado Pedro en el camino circular del esparto: la recogida en verano de las fibras silvestres a brazo partido bajo el sol, el secado en posición de tienda india, el cocido o el picado, el rastrillado y el hilado. El próximo domingo, 6 de agosto, Pedro volverá a coger la hebra para hacer una exhibición en la plaza de España de Águilas (a las 19.00 horas) junto a Bernardo Asensio, otro hilandero retirado, dentro del programa que el municipio le dedica al esparto hasta el 10 de agosto.

«No es trabajo de mujeres. Algunas se dedicaban a picar esparto, pelar las cuerdas... Pero hilar es trabajo de hombres»

Pedro es académico numerario de un lenguaje que se hunde en el polvo del tiempo. «Lo mío era el filete (la sogá), pero también había pleita, recincho, piola, filástica y madeja, que juntando tres o cuatro hacías una veta que servía para los agricultores o para los pescadores», enseña el experto. Todos sus nombres, que suenan a letra de una vieja canción folk, han dejado ya casi de pronunciarse como vaticinó Darwin sobre «la rareza, precursora de la extinción».

«No es trabajo de mujeres. Algunas se dedicaban a picar esparto, pelar las cuerdas y emparejarlas, pero hilar es trabajo de hombres. No le he enseñado a mi hija», advierte el artesano, el único que aguantó hasta su retiro a pesar de los embites de la modernidad. «Surgió el plástico, el nilón y otros materiales y ya aguanté hasta la jubilación», asume Pedro los tiempos. Su juventud le dejó cicatrices en los dedos y también algunas risas sanas del trabajo: «Por San Ramón compraban cajas de sardinas, las asábamos en La Colonia y se unían los mecánicos, los albañiles y hasta los confiteros, que traían dulces, y reíamos y lo pasábamos bien». A ella la encontró en la calle de al lado: «Yo vivía en la calle Estrella. Ella en la Cañería Alta. Me ennovié a los 19 años, era guapa, aunque lo importante es lo que hay en el corazón. Un mes antes de irme a la mili le pedí a mi suegro tener relaciones con ella. Pasamos 10 años de novios y, con las mismas de casarme, me volví al trabajo».

amena Lo quiero